

Elsa Noya: Canibalizar la biblioteca

 Noé Jitrik

Los trabajos de investigación que se realizan en el Instituto de Literatura Hispanoamericana se han multiplicado con el paso del tiempo cubriendo varias áreas temáticas: hoy son numerosos los doctores que revistan en sus filas pero no por el simple hecho de haber concluido un *cursus honorum* sino porque sus tesis se han convertido en libros que circulan por el mundo intelectual con brío y prestancia. Editoriales locales y extranjeras se han honrado a su vez al publicarlas y enriquecer sus catálogos con exposiciones centradas, intervenciones originales en el vasto campo de la literatura latinoamericana, siempre en busca de su enigma.

Se trata, ahora, de la aparición de *Canibalizar la biblioteca* (debates del campo literario y cultural puertorriqueño (1990-2002), de Elsa Noya, publicado en San Juan de Puerto Rico en 2015 por Ediciones Callejón, después de haber obtenido una “Mención” en el Premio de Ensayo Artístico y Literario de “Casa de las Américas”, en 2010. Señalar ambos hechos no es intrascendente: con su trabajo, Elsa Noya, investigadora argentina de los procesos culturales de la isla, entra en un lugar que, en principio, estaría reservado para intelectuales locales: el de un singular e intenso debate intelectual que se despliega en la cultura isleña en virtud de su situación geopolítica y frente a la entrada de nuevas perspectivas teóricas. Compleja contienda de los intelectuales puertorriqueños consigo mismos; intentos siempre tantálicos de llegar a la comprensión de un más acá de una historia complicada y un más allá de un futuro posible no siempre muy cercano.

El libro de Noya trae luz acerca de esta particular cuestión pero desde un afuera proficuo, que habla también de otra interesante cuestión, la de la integración latinoamericana que si bien no parece cercana en el tendido de sus lazos económicos y políticos, siempre perturbados por la sombra del vecino poderoso que va y viene en lo que aún sigue siendo el traspatio del imperio, en cambio

funciona y de una manera deslumbrante en el campo intelectual. Este libro es una prueba. Y así lo entendieron varios intelectuales puertorriqueños, Juan G. Gelpí, Malena Rodríguez Castro y Guillermo Rebollo Gil, que lo presentaron en la tradicional Librería “La tertulia”, en el marco del congreso de LASA que se desarrolló en San Juan en mayo del 2015. Vale la pena recuperar los conceptos que se vertieron en esa ocasión, algo más que una presentación ritual, teniendo en cuenta que es el primer estudio que se publica sobre la complejidad de ese momento cultural del país y teniendo en cuenta también el carácter de protagonistas de la época que tuvieron al menos dos de los presentadores. Parece evidente que esos caracterizados lectores realizaron una lectura comprometida y profunda puesto que, si bien la temática del libro les era propia, la distancia física en la que se abordó la cuestión podría ofrecer reservas o problemas. Nada de eso se percibe en los juicios e ideas que se fueron vertiendo.

Juan Gelpí, de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, en “En el vértigo del cambio literario”, sitúa la materia del libro en la irrupción de la posmodernidad y el cambio que se opera en la narrativa de los noventa en la escena puertorriqueña. Entiende que Elsa Noya aborda ambos temas considerando, respecto del primer concepto, la ensayística puertorriqueña de la década del 90 así como la rica producción narrativa que se produjo en esos años, de lo cual tres revistas culturales: *bordes*, *Nómada* y *Posdata* ofrecen abundante material. Asimismo destaca que el ensayo no se limita a una exposición de ambos campos sino que estudia críticamente las concretas polémicas que se generaron en Puerto Rico en torno al debate de la posmodernidad. Por su carácter álgido, le resulta sumamente valioso el hecho de que la mirada que se vierte sobre ese debate venga de una estudiosa solidaria con la cultura y la literatura isleña, pero que a la vez vaya más allá de sus límites territoriales.

Gelpí recuerda la época como un verdadero partaguas de los discursos en torno a la cultura en el país, lo que le habla del acierto temático de Noya cuya manera de entrar en la materia polémica se hace cargo de una complejidad, no sólo terminológica. Por eso entiende que el mérito de ese abordaje es que rehúye las polarizaciones y en ningún momento se hace eco del empleo excluyente de los términos, *posmoderno* o *neonacionalista*, cosa que realza su discurso. Y es que, como dice:

de manera semejante a lo que se produce en una sociedad marcada por tensiones y pugnas de diversa índole, el debate en torno a la posmodernidad se vivió en Puerto Rico con una gran intensidad, como una guerra. Incluso, hubo quienes sin sentirse necesariamente atraídos por los discursos de la posmodernidad y sí por los estudios de género y el feminismo, como es mi caso, recibieron en más de un momento el mote excluyente de posmodernos. En la pragmática de los intercambios lingüísticos, en su estricta contextualización, ambos términos se convirtieron, para los partidarios y detractores, en términos excluyentes: en armas de la guerra cultural que es toda polémica.

Esta contextualización es muy importante porque como señala Gelpí respecto de Chile, el pensamiento posmoderno en otros países latinoamericanos tuvo otros significados.

Por otra parte, Gelpí observa que Noya privilegia dos textos como estímulos iniciales generadores de las polémicas puertorriqueñas en torno a la identidad: *La memoria rota*, de Arcadio Díaz Quiñones, convocante a una recuperación de la memoria, y 'De Albizu a Madonna: para armar y desarmar la nacionalidad', artículo de Carlos Pabón Ortega, con su crítica al nacionalismo hispanista y esencialista, y lo hace sin dejar de lado la inclusión en el libro de otros planteos intelectuales como los de Juan Duchesne Winter, Luis Fernando Coss y Ronald Méndez Clark, que intervinieron activamente en los debates.

Para Gelpí una de las grandes aportaciones de este libro es la de rescatar del olvido las intervenciones de dos figuras: una, la de Elizam Escobar, con cuyo ensayo, escrito desde la cárcel, "La batalla fingida: econarcisismo o transfixión", Noya dialoga, rescatando su propuesta de traspasar el debate posmoderno sosteniendo el poder del arte y la fuerza subversiva de lo político de la imaginación; la otra figura es la de Rafael Bernabe, que en *Manual para organizar velorios*, responde a los planteamientos de Carlos Pabón Ortega, echando de menos una crítica a fondo del capitalismo y señalando la despolitización de los debates culturales.

Minucioso y exigente lector, Gelpí reconoce el valor de la investigación de que es resultado este libro y su aporte a la renovación de un lenguaje teórico y crítico que fue parte integral de esta polémica.

Por su lado, la presentación de Guillermo Rebollo Gil, de la Universidad Metropolitana y de la de Puerto Rico, "¿Cómo se escribe luego del canon?", se centra en el análisis que acerca el libro sobre las nuevas narrativas puertorriqueñas de esos años noventa, para lo cual retoma dos preguntas que hace Noya y que lo alcanzan especialmente en su condición de joven escritor del país: a la primera "¿Cómo se escribe luego del canon?" Rebollo la responde parafraseando a Fabián Casas, que habría dicho algo así como siendo "certeros, comprometidos, hermosos, siempre jóvenes, cultos, generosos, bocones" o, sostiene Rebollo, escribiendo como sea que Juan Carlos Quiñones, alias Bruno Soreno -otro joven escritor puertorriqueño- escriba. A la segunda pregunta de Noya, más preocupante: "¿cómo se escribe después de que el canon ha sido descuartizado por obsoleto, esencialista, y desconocedor de la contemporaneidad?" Rebollo Gil responde, como lo hizo invocando a Casas, con una cita de Bolaño: "El panorama, sobre todo si uno lo ve desde un puente, es prometedor. El río es ancho y caudaloso y por sus aguas asoman las cabezas de por lo menos veinticinco escritores menores de cincuenta, menores de cuarenta, menores de treinta. ¿Cuántos se ahogarán? Yo creo que todos". Tétrica perspectiva que para Rebollo Gil Noya contesta al comentar los primeros trabajos publicados de Pedro Cabiya, Juan López Bauzá y Juan Carlos Quiñones, entre otros, en términos menos reivindicativos que reconocedores:

Ni burundanga palesiana, ni guaracha setentista ni bolero querendón; los insólitos mundos interiores y las morosas descripciones de las extrañas realidades se deslizan en estos cuentos casi sin sonoridad, pero en una combinación de plasticidad de imágenes y temporalidad verbal que otorga un inquietante ritmo a ese refrescante silencio.

La cita de Rebollo destaca así el alcance estético que Noya da como respuesta a toda posición de negatividad que omite la fuerza textual. Y si lo inquietante es el descuartizamiento del canon, Rebollo se inquieta más aun cuando la autora cita a Juan Carlos Quiñones nombrando a Luis Rafael Sánchez como una influencia:

Si, por ejemplo, de Manuel Ramos Otero, de Luis Rafael Sánchez estamos hablando, entonces sí, influido he sido. Uno está vivo y sigue escribiendo. El otro está muerto y sigue escribiendo. A ambos los amo, no importa que hayan escrito en los setenta o en la Edad Media.

Pero seguidamente la interpretación de Noya de esa declaración como un “gesto de autofiliación desde la diferencia” tranquiliza la inquietud en cuanto manera de matizar y observar desde una mirada más literaria que genérica o puramente estilística.

En otro tramo de su presentación, Rebollo invoca a Julio Cortázar, como presencia fuerte en toda una generación, lo cual aparecería en dos de los libros de Quiñones, *Breviario* y *Todos los nombres el nombre*. Relación que adscribiendo a la reflexión de Noya le suma que no se trataría de una continuidad como tal, sino que la actividad literaria, vista de cierta forma, está constituida por la multiplicidad de gestos de autofiliación desde la diferencia, que bien podrían hermanar a escritores y escritoras desconocidas entre sí, y enfatiza Rebollo, “toda vez que comparten múltiples lugares comunes en su escritura, aun cuando algunos de ellos continúan pasando por el país donde habitan los otros sólo para decir que no existe tal lugar; que no estuvieron en ninguna parte.”

Finalmente, y volviendo otra vez a la pregunta inquietante, Rebollo se interroga: ¿cómo entonces se escribe después de que el canon ha sido descuartizado por obsoleto, esencialista, y desconocedor de la contemporaneidad? Para el presentador: como si el canon no hubiera existido jamás, como si jamás existirá. O, en la alternativa, con lo que Elsa Noya llama el “plus afectivo”. La respuesta, entonces, viene: se escribe desde el amor y la diferencia, aun cuando nadie logre identificar semejante influencia.

Es interesante señalar cómo este poeta, muy involucrado en la dramática de la escritura en Puerto Rico, es sensible a la idea que tiene Elsa Noya de la literatura puertorriqueña que, evidentemente, admite como válida:

La escritura, más que pensada desde el límite de la ribera o desde el peligro del salto, parece atravesarse como fluir del deseo de exploración lingüística, del riesgo que lo subyace y como corriente de sedimentación, acumulación, y también, olvido de experiencias, léase tradiciones. Elegir construir *perplejidades* y hacerlo muy bien es signo destacado del efecto de ese deseo en la capacidad de creación y renovación de un campo literario.

Excelente manera de concluir una presentación.

Por su parte, Malena Rodríguez Castro, también de la Universidad de Puerto Rico, retomando la pregunta de Blanchot que ofrece Noya (“¿Cómo escribir para que la continuidad del movimiento de la escritura pueda dejar intervenir, fundamentalmente, la interrupción como sentido y la ruptura como forma?”), se pregunta sobre, nada menos, la sobrevivencia, sobre lo que Noya

llama “el latido del papel”, considerando además que su indagación en las revistas puertorriqueñas, al vehiculizar, precisamente, las polémicas y el debate intelectual, propicia “la continuidad del movimiento de la escritura”. Considera también que, como dice Noya, en *Posdata*, *bordes* y *Nómada*, publicadas entre 1992 y 2002, late una época, una coyuntura, y que su estudio nos remite al carácter material, de vértebra, de las mismas, al leer no solo su particularidad, sino también el entramado compartido de “la interrupción como sentido y la ruptura como forma”.

Desafiando la idea de que los noventa fueron un intervalo entre la intensidad de los setenta y el cambio de milenio, Noya rescata, como afirma Rodríguez Castro, sus pulsiones: sus ansiedades y propuestas para un campo intelectual en el cual la comodidad del sentido se habría interrumpido y las formas de su expresión alterado o presentido. Y lo hace, siguiendo a Rodríguez Castro, en los géneros que habían situado las polémicas del siglo: en las revistas y en el ensayo cultural, ya fuera de perfil filosófico en *Posdata*, político en *bordes*, creativo en *Nómada*. Ya fuera en la relectura crítica del archivo europeo que dominó en *Posdata*, del latinoamericanista de *Nómada* y en el más ecléctico de *bordes*. En su comprensión, “imantarlas le permite articular un mapa fractal de sus emergencias e insurgencias.”

Al igual que los otros presentadores, lo cual da la idea de la pregnancia del tema, Rodríguez Castro se pregunta por el tema ancilar de esos años: ¿qué es la posmodernidad, cuál es su periplo, participamos de ella? ¿Cómo y desde dónde? ¿Cuándo perdió su convocatoria? Y, como consecuencia necesaria, acerca de cuál es el rol del intelectual, pero en especial sobre el lugar y el peso de lo cultural en tanto objeto de análisis o creación. Destaca asimismo que, desde su propia mirada y el conocimiento de años de pensar sobre, y en puertorriqueño, Noya se enfrenta a estas revistas bajo la convicción de que “la crítica y la polémica son discursos en relación, no sólo en relación mutua, sino en relación con”, armando desde allí el complejo entramado de equipos editoriales, diferendos, continuidades y desplazamientos, líneas temáticas y representaciones gráficas y artísticas en los que lee un temperamento y una trayectoria.

Para Rodríguez Castro, Noya cartografía detenidamente las zonas de debates, tanto las asumidas como las sugeridas y las contextualiza en sus registros culturales e históricos en el campo intelectual puertorriqueño. También como participante o testigo, la presentadora sumará su propio latir a esa cartografía de un campo en disputa al señalar que se trataba “entonces, de reformular el ideario de las izquierdas, un reto que, como la crítica a la modernidad que incitó a *Posdata*, aún desde sus propios

lenguajes y aporías, insiste en el presente, como se ha evidenciado estos días con el evento español “Podemos”.

Luego de repasar el catálogo de nombres que participaron en cada una de las revistas, Malena Rodríguez Castro cierra su presentación preguntándose por qué ocuparse hoy de estas revistas, cuando la pantalla sustituye al papel y el sonido arrítmico e insistente de la tecla produce un timbre ajustable que nos anuncia.¹ Pregunta de alcance universal que si se formula es porque se observa que existe una lucha entre los nuevos medios de comunicación y el libro. ¿Qué hace contemporánea la recuperación que hace Noya? Rodríguez Castro remite una respuesta a Giorgio Agamben y su idea de un presente que toma posición respecto de un pasado, aunque podría pensarse, descentrando la respuesta, que una percepción de lo contemporáneo puede descansar en una escritura y en la naturalidad con que se intenta volver al pasado para comprenderlo y establecer un diálogo

con el presente. La cuestión recorre por debajo el libro presentado, cuya contemporaneidad es perceptible. Elsa Noya lo formula de este modo:

De frente a una tradición crítica que ha tendido a cristalizar a la literatura y cultura puertorriqueña exclusivamente por su capacidad de resistencia y representación de una identidad nacional en el marco de dependencia política neocolonial, podríamos pensar que los debates de los años noventa sobre las funciones de la escritura y del intelectual, la transformación en las relaciones con el conocimiento y la misma producción crítica y literaria que generan en el campo, en diálogo con vitales y legítimas reivindicaciones identitarias y políticas, manifiestan un proceso de autonomización literario y cultural que se autodevora metabolizando sus procesos de crecimiento.

¹ *Posdata* (1991 -2001): Carlos Gil, Irma Rivera, Silvia Alvarez Curbelo, Juan Duchesne Winter y Aúrea María Sotomayor. Posteriormente, Rubén Ríos Ávila, Malena Rodríguez Castro, Manuel Álvarez, Mara Negrón y Julio Ramos. *bordes* (1995-2002): Roberto Otero, Carlos Pabón, Arturo Torrecilla, Emilio González, Heidi J. Figueroa, Mirian Muñoz Varela, Luis Alberto Pérez, Walter Quinteros, Ivette Rodríguez y Madeline Román. *Nómada* (1995-2000): Fernando Abruña Chameco, Juan Duchesne Winter, Juan G. Gelpí, Liliana Ramos Collado, Hugo Rodríguez Vecchini y Aúrea María Sotomayor Miletti.